

demostrando que la mujer no carece de iniciativa ni está constituida en una especie de infancia eterna, según afirma Augusto Comte.

Estudiemos algunos de los grandes caracteres que brillaron en aquella época turbulenta, en el sexo femenino.



I

El amor es en la mujer el móvil de toda acción extraordinaria; por eso cuando la veais lanzarse al tempestuoso océano de la política, no dudeis va impulsada por el amor. Al amor de Mme. Staël hacia su padre, lo mismo que al afecto tranquilo y sereno, pero no por eso menos profundo, de madame Roland hacia su marido, débese el descubrimiento del genio político de estas dos mujeres.

Cuando la mujer penetra en un terreno que le ha sido vedado, lánzase á él con ímpetu; esto hizo que al convertirse estas

dos célebres mujeres en Egerias de Necker y Roland, les llevaran más lejos de lo que ellos querían ir.

Mme. Staël y Mme. Roland tienen muchos puntos de contacto: ambas se formaron leyendo á Plutarco y adorando á Rousseau; pero á Mme. Staël le gustaba la nobleza, y Mme. Roland era demócrata.

La Revolución francesa sacó á la superficie el talento de Mme. Roland; la Revolución francesa vigorizó el talento de madame Staël, convirtiéndola en filósofo é historiador.

La distinta cuna de ambas influyó en sus opiniones políticas: Mme. Roland había nacido en un taller, su padre era grabador; Mme. Staël se había educado en el salón del famoso Necker, primer ministro de Luis XVI, rodeada de personas tan distinguidas como Gibbón, Marmon- tel, Grimm, Tomas y Raynal.

El destino hizo que ambas colaborasen en obras sumamente serias y hasta áridas, que generalmente no se hallan al alcance

de la mujer: Mme. Staël comentaba con su padre *El Espíritu de las leyes*. Madame Roland ayudaba a su marido á formar un diccionario de manufacturas.

Las dos fueron heroínas de partido: Mme. Roland era el alma de los girondinos. Mme. Staël, realista constitucional, el alma de los partidarios de la Constitución del año III. Ambas persiguieron ideales que no alcanzaron jamás: los ideales de la hija de Necker eran la perfectibilidad humana y la dicha en el hogar, y murió sin ver realizados ninguno de los dos, pues sabido es que la Baronesa de Staël fué infeliz en el matrimonio: los ideales de la esposa de Roland eran la justicia, el orden y la libertad, y su cabeza cayó bajo el hacha del verdugo, sin verlos brillar.

Las dos habían nacido escritoras, pero no sentían la impaciencia de publicar: para Mme. Staël, afectada del romanticismo de la época, la pluma era un desahogo de la sensibilidad intelectual; para

Mme. Roland la pluma era un deber, el deber de ayudar á su marido en los negocios privados; más tarde los acontecimientos hicieron que la pluma fuese para las dos arma defensiva contra los combates que tenían que sufrir, llamadas por la suerte á representar gran papel en la escena política.

Mme. Roland difiere de Mme. Staël en su amor á la naturaleza: la primera nos describe las bellezas del campo, con rasgos virgilianos; la segunda nos dice que no le gusta la agricultura porque huele á estiércol. Sorprende en Mme. Staël su desvío hacia los goces campestres, ella no quiere ver los paisajes de la naturaleza más que en su *boudoir*, en un lienzo de Claudio de Lorena. Mme. Roland sabe sentir los placeres de la vida rural; Madame Staël los placeres de la vida de salón.

También existe diferencia entre el talento de estas dos celebridades: el espíritu de Mme. Staël es más brillante, más cultivado; el espíritu de Mme. Roland más

firme, más vigoroso: Mme. Staël posee el alma de un ateniense, Mme. Roland el alma de un lacedemonio: el estilo de Mme. Staël es jónico, laconio el de Madame Roland.



II



onocido es el estoicismo de Mme. Roland en la vida política, pero no todos saben que á pesar de él, conservó su ternura de mujer, y las gracias de su sexo, sin perder la virilidad del alma. Mme. Roland fué tan grande en la vida pública como en la vida privada; por eso no es extraño que uno de sus biógrafos la haya comparado á Washington, el hombre de las virtudes cívicas y domésticas.

Mme. Roland, que era muy bella y que contaba veinte años de edad menos que su marido, fué siempre fiel á éste, á pesar de

las pasiones que inspiró. Cuando uno de sus apasionados amigos, afligido por verla alejarse de París, le escribió manifestándole tímidamente el dolor de la ausencia, ella le contestó:

«Sentada cerca del fuego, mi marido en su bufete, mi hija cosiendo y yo cuidando del uno y velando por la otra, saboreando la felicidad de hallarme en el seno de mi querida familia, escribiendo á un buen amigo como vos, bendigo á la suerte que me preserva de los males que aquejan á tantos desgraciados.»

Con tan dulce descripción de la vida de familia se propuso el alma virtuosa de esta mujer calmar la tempestad de pasión próxima á desbordarse en el corazón de su amigo Bosc.

Oigamos á uno de sus mejores biógrafos, y nos formaremos exacta idea de ella:

»He visto algunas veces á Mme. Roland antes del año 1789: sus ojos, su talle, su cabellera, eran de una belleza notable; su delicado cutis tenía una frescura y un

»colorido que, unidos á su aire de reserva y candor, la rejuvenecían singularmente. Yo no le encontraba la elegancia de una parisiense, pero esto no quiere decir que fuese desaliñada, pues la sencillez y la naturalidad no pueden estar desprovistas de gracia. Recuerdo bien que la primera vez que la ví realizó la idea que me había formado de la hija de Vevay, que tantas cabezas ha trastornado, de la Julia de Rousseau; y cuando la oí hablar, la ilusión fué más completa. Mme. Roland hablaba muy bien: inteligencia, buen sentido, propiedad en las expresiones, razón picante, gracia espontánea, todo se deslizaba sin estudio entre aquellos dientes de marfil y aquellos labios de grana. En la marcha de la Revolución no la ví más que una vez: era á principios del primer Ministerio Roland. No había perdido su frescura y su aire de adolescente. Hablaba sólo de los negocios públicos; su alma estaba muy exaltada. Aunque las grandes ruinas de la monarquía no hu-

»biesen acaecido entonces, no disimulaba
 »que los síntomas de la anarquía princi-
 »piaban á establecerse y prometía comba-
 »tirlos hasta la muerte. Me acuerdo del
 »tono tranquilo con que me decía que en-
 »tregaría su cabeza al verdugo si fuese
 »necesario; y confieso que aquella cabeza
 »encantadora entregada al hacha del ver-
 »dugo, me produjo una impresión difícil
 »de ser borrada de mi corazón, pues el
 »furor de los partidos aún no nos había
 »acostumbrado á tan espantosas ideas.

»Los prodigios de la firmeza de esta
 »mujer, y su muerte heróica, no me sor-
 »prendieron; fué uno de los caracteres
 »más briosos de nuestra Revolución y uno
 »de los más elevados.»

Mme. Roland rindió siempre ferviente
 culto á la amistad; en sus cartas á Bancal,
 al darle cuenta de las emociones que trans-
 portan su alma vislumbrando la aurora de
 la libertad, le habla de los amigos de am-
 bos en estos términos:

»Asociar al gran interés de la historia,

»el interés conmovedor de los sentimien-
 »tos particulares, es reunir al patriotismo
 »que generaliza y eleva los afectos, el en-
 »canto de la amistad que los embellece y
 »perfecciona.»

Hubo gran empeño en atribuirle algún
 amante, porque á sus enemigos les hacía
 daño la fortaleza de su alma; por eso sus
 biógrafos aluden á Barbaroux, y á Buzot.
 Michelet la defiende de tales acusaciones
 con esta frase: «Los hombres que odian
 una virtud demasiado perfecta, han que-
 rido buscar en la vida de tal mujer algu-
 na debilidad sin prueba.»

¿Qué importa que Mme. Roland sintie-
 ra en el fondo de su corazón alguna pre-
 ferencia sino hizo ninguna concesión al
 ser que se la inspiró?

Existen pasiones nobles y puras, que
 como el incienso elevan su fragancia al
 cielo sin tocar la tierra. Hay dudas acerca
 de si Mme. Roland amó á Buzot, pero de
 lo que no puede dudarse es de su virtud.

No se miente en el umbral de la eterni-

dad, y ella dijo, mirando á la muerte sin pestañear, estas solemnes palabras: «Nadie se ha dejado arrebatarse menos que yo por la voluptuosidad, he dominado siempre mis sentidos.»

¡No pretendamos penetrar los secretos de una alma pura!

Querer desenvolver los pliegues en que se oculta una pasión ilegítima pero honrada, es más cruel que rasgar el cendal con que vela una virgen sus gracias juveniles.

Uno de los caracteres más levantados que puede señalarse en la Revolución francesa, es el de esta mujer: en el día 2 de Junio de 1792, cuando la mayor parte de los girondinos se ocultaban, ella y su marido fueron los más valientes, pues ni cambiaron de domicilio. Al saber que se había decretado auto de prisión contra Roland, lanzóse á las Tullerías llena de heroísmo anhelando conmover á la Asamblea para alcanzar la libertad del compañero de su vida.

¿Os sorprende que una mujer de este temple sepa dominar sus pasiones?

Apenas podían seguir sus amigos su actividad política, y cuando llega un momento en que les ve dispuestos á morir, escribe á Bancal estas palabras dignas de un Leonidas: «No es cuestión de morir por la libertad, hay que hacer algo más: es preciso vivir para afirmarla, merecerla y defenderla.»

La inspiradora de los girondinos había nutrido su espíritu con la lectura de los autores antiguos, y su imaginación estaba tan exaltada que dice en sus Memorias: «Mi pasión eran los reformadores, porque amaba la igualdad. Yo creía ser Agis en Esparta y Graco en Roma; hubiera querido retirarme con el pueblo al monte Aventino y votar por los tribunales.»

Cuando le leyeron la sentencia de muerte, contestó: «Me juzgais digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habeis sacrificado: trataré de llevar á la guillotina el valor que ellos mostraron.»

Efectivamente, quiso honrar á la Repú-

blica dando al mundo el espectáculo de morir con majestad: cuando la llevaban en la carreta iba de pie, con traje blanco y el cabello destrenzado, consolando á la multitud que sollozaba viéndola tan bella é interesante.


Al pasar ante la estatua de la Libertad, pronunció estas palabras que el tiempo ha hecho solemnes: «¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

La enemiga de Dantón y Robespierre murió con la serenidad de un mártir cristiano, en el día 9 de Noviembre de 1793. Su marido, al saber tan trágico fin, se suicidó. Ella lo había dicho cuando le leyeron la sentencia de muerte: «Roland se matará.»

Sobre el cadáver de Roland se encontró un papel con estas palabras: «Respetad los restos de un hombre virtuoso.»

¡Honroso epitafio que él escribió! La posteridad le ha hecho justicia declarando que lo merece y grabándolo en las páginas inmortales de la Historia.

III

ARA Mme. Roland fué Capitolio la guillotina como fué para Madame Staël apoteosis el destierro.

No es fácil medir la extensión del talento de tan insigne escritora; era filósofo, crítico, político y novelista. Siendo muy niña, en vez de entregarse á los juegos infantiles, pasaba largas horas en el bufete de su padre, hacia el cual sentía una entusiasta admiración: apenas salió de la adolescencia, cuando empezó á compartir con él tareas oficiales: así es, que enterada de las reformas administrativas y económicas proyectadas por Necker, más tarde las